

Veo atardecer y la memoria  
se viste de árbol y de ciénaga  
donde el orgullo perdió su nombradía,  
donde la luz visita cada noche  
una alcoba en la que nadie duerme.

Dime, sombra,  
si soy todo oscuridad,  
si las flores que derramo con la sangre  
no son todavía suficientes,  
si la impureza de mis lágrimas  
escupe el lodo y lo amortaja,  
si el palpitar de un corazón ausente  
resquebraja la columna de los años  
y la pestilencia del agua pútrida  
es un sudario del sol naciente.

Las estrellas se posan junto a mí  
y no hay barco que quiera aniquilarme,  
no hay reflejo que quiera adelantarme  
ni muralla de flujo carmesí.

Sólo un ave en un nido belicoso  
que no entiende ni sabe de armonía,  
petirrojo que rinde pleitesía  
a un temor escondido y tenebroso.

Dime, muerte, si pasas a mi lado,  
si tú ves en mis ojos a mi amado,  
¿por qué mi sangre se convierte en nieve?

Si mis rosas florecen con su paso,  
anegadas de llanto y de fracaso,  
¿qué atraviesa la sangre que me llueve?

Mi piel será la noche  
y tú, el negro que se derrama  
sobre mis lágrimas.